

CUADERNOS **ESI**

NUMERO 13



Escuela de
Sabiduría Interior

El niño que aprendió a ser alguien: cómo se configura la personalidad en los primeros años de vida



Por Esteban Vázquez



Introducción

Una de las preguntas más antiguas de la psicología es por qué las personas somos tan diferentes unas de otras. ¿Por qué algunos individuos parecen especialmente responsables y exigentes consigo mismos mientras que otros buscan constantemente la armonía? ¿Por qué hay personas que necesitan sentirse útiles para ser felices y otras que encuentran seguridad en el conocimiento, la independencia o el éxito? Desde distintas corrientes psicológicas se han propuesto numerosas explicaciones para responder a estas cuestiones. El Eneagrama, como modelo de comprensión de la personalidad, ofrece una perspectiva especialmente interesante porque centra su atención en los mecanismos de adaptación que desarrollamos durante la infancia para relacionarnos con el mundo.

Desde este enfoque, la personalidad no se entiende como algo completamente innato ni como una estructura fija e inmutable. Por el contrario, se considera el resultado de un proceso de adaptación progresivo que tiene lugar durante los primeros años de vida. El niño llega al mundo con una determinada sensibilidad y unas potencialidades propias, pero será la interacción con su entorno la que irá dando forma a la manera en que se percibe a sí mismo, interpreta la realidad y se relaciona con los demás. A medida que crece, desarrolla estrategias para satisfacer sus necesidades emocionales y garantizar su pertenencia al sistema familiar. Con el tiempo, estas estrategias terminan consolidándose y conforman lo que conocemos como personalidad.

Los primeros ocho años de vida ocupan un lugar especialmente relevante en este proceso. Durante esta etapa, el cerebro infantil se encuentra en pleno desarrollo y posee una extraordinaria capacidad para absorber información procedente del entorno. El niño aprende observando, sintiendo, experimentando e interpretando todo aquello que sucede a su alrededor. Aunque todavía no dispone de la capacidad cognitiva propia de un adulto, construye conclusiones acerca de sí mismo y del mundo que le rodea. Estas conclusiones, muchas veces inconscientes, acabarán convirtiéndose en los cimientos sobre los que se edificará su identidad psicológica.

Desde la perspectiva del Eneagrama, la configuración de la personalidad durante la infancia se encuentra influida principalmente por tres factores fundamentales: la visión de la vida que transmiten los progenitores, los acontecimientos familiares que tienen lugar durante los primeros años y la interpretación subjetiva que el niño realiza de todo ello. Comprender la interacción entre estos tres elementos permite entender con mayor profundidad el origen de muchas de nuestras formas habituales de pensar, sentir y actuar.

La influencia de la visión de vida de los progenitores

Los padres constituyen el primer referente emocional, social y psicológico para un niño. Antes de que este tenga la oportunidad de explorar el mundo por sí mismo, son ellos quienes le muestran cómo funciona la realidad. A través de sus palabras, de sus

comportamientos y de sus actitudes, transmiten una determinada manera de comprender la existencia. Esta transmisión suele producirse de forma natural y muchas veces inconsciente, pero ejerce una influencia decisiva sobre la construcción de la personalidad infantil.

Cada familia posee una serie de valores, creencias y prioridades que terminan configurando una particular visión del mundo. Hay hogares donde el esfuerzo, la disciplina y la responsabilidad ocupan un lugar central. En otros, la atención se dirige principalmente hacia el cuidado de los demás, la adaptación social o la búsqueda de seguridad. Algunas familias transmiten la importancia de destacar y alcanzar logros, mientras que otras ponen el énfasis en la prudencia, la obediencia o la estabilidad emocional. Aunque estos mensajes no siempre se expresan de manera explícita, el niño los absorbe continuamente a través de la convivencia cotidiana.

Lo relevante no es únicamente aquello que los padres dicen, sino también aquello que hacen. Un niño observa cómo reaccionan sus progenitores ante los problemas, cómo gestionan las emociones, cómo afrontan los conflictos y qué consideran importante en la vida. A partir de estas observaciones va construyendo sus propias conclusiones acerca de lo que es necesario hacer para sentirse aceptado, querido o valorado. Poco a poco comienza a desarrollar determinados comportamientos que le permiten adaptarse a las expectativas, reales o percibidas, de su entorno familiar.

Desde el Eneagrama se considera que muchas de las estrategias de

personalidad encuentran parte de su origen en estos aprendizajes tempranos. El niño va descubriendo qué aspectos de sí mismo son reforzados y cuáles parecen generar desaprobación o indiferencia. De esta manera, algunas cualidades se potencian mientras que otras quedan relegadas a un segundo plano. Con el paso del tiempo, esta selección adaptativa termina configurando una determinada forma de estar en el mundo.

El impacto de los acontecimientos familiares

Además de la influencia ejercida por los padres, la personalidad también se ve condicionada por los acontecimientos que tienen lugar durante la infancia. La vida familiar está lejos de ser un escenario estático. Durante esos primeros años pueden producirse experiencias de muy diversa naturaleza que dejan una huella significativa en el desarrollo emocional del niño. La llegada de hermanos, las separaciones de los progenitores, las dificultades económicas, las enfermedades, los cambios de residencia o las pérdidas afectivas son algunos ejemplos de situaciones capaces de modificar profundamente el clima emocional de una familia.

Es importante comprender que los niños son extraordinariamente sensibles al ambiente que les rodea. Aunque no siempre entienden racionalmente lo que está ocurriendo, perciben con gran precisión los cambios emocionales que experimentan los adultos. Detectan las tensiones, los silencios, las preocupaciones y los estados de ánimo presentes en el sistema familiar. En muchas ocasiones, incluso cuando nadie les explica lo que sucede, intentan adaptarse

intuitivamente a la nueva situación.

Esta adaptación puede adoptar formas muy diversas. Algunos niños desarrollan una actitud especialmente responsable para no generar más preocupaciones a sus padres. Otros aprenden a pasar desapercibidos para evitar convertirse en una carga adicional. Algunos buscan llamar la atención porque perciben una disminución de la disponibilidad emocional de sus figuras de referencia. También hay quienes se convierten en mediadores familiares o asumen responsabilidades que exceden las propias de su edad. En todos los casos, estas respuestas representan intentos legítimos de mantener el equilibrio emocional y preservar el vínculo con las personas importantes de su entorno.

Lo que desde fuera puede parecer simplemente una forma de comportarse suele esconder una compleja estrategia de adaptación. El niño no actúa de ese modo por capricho ni porque posea una personalidad previamente definida. Lo hace porque ha descubierto, consciente o inconscientemente, que esa manera de actuar le permite sentirse más seguro, más aceptado o más protegido dentro de su sistema familiar.

La importancia de la interpretación infantil

Sin embargo, existe un tercer factor que resulta especialmente relevante para comprender la formación de la personalidad: la interpretación subjetiva que el niño realiza de las experiencias vividas. Este aspecto es probablemente uno de los más importantes

y, al mismo tiempo, uno de los menos comprendidos cuando se analiza el desarrollo psicológico de una persona.

Los acontecimientos, por sí solos, no determinan necesariamente la personalidad. Lo que verdaderamente influye es el significado que el niño atribuye a esos acontecimientos. Dos hermanos pueden crecer en la misma familia, vivir situaciones aparentemente similares y desarrollar estructuras de personalidad muy diferentes. Esto ocurre porque cada uno interpreta la realidad desde su propia sensibilidad, sus características temperamentales y sus necesidades emocionales particulares.

Por ejemplo, ante unos padres muy exigentes, un niño puede concluir que necesita esforzarse constantemente para ser digno de amor. Otro puede interpretar que nunca logrará satisfacer las expectativas ajenas y desarrollar sentimientos de insuficiencia. Un tercero puede decidir que nadie volverá a ejercer control sobre él y comenzar a construir una personalidad basada en la autonomía y la autosuficiencia. Aunque la realidad objetiva sea la misma, las conclusiones extraídas por cada niño pueden ser radicalmente distintas.

Durante la infancia, estas interpretaciones suelen producirse de manera automática y fuera de la consciencia. El niño intenta comprender por qué suceden las cosas y, en ausencia de una visión madura de la realidad, genera explicaciones que le permitan dar sentido a su experiencia. Algunas de estas conclusiones pueden acompañarle durante décadas sin ser cuestionadas. De hecho,

muchas de las creencias profundas que mantienen determinados patrones de personalidad tienen su origen en estas interpretaciones tempranas.

Desde la perspectiva del Eneagrama, cada estructura de personalidad puede entenderse como una respuesta específica a una pregunta fundamental: ¿qué debo hacer para sentirme amado, seguro y valioso? La respuesta que cada niño construye ante esta cuestión influirá de manera decisiva en el desarrollo de su personalidad adulta.

La personalidad como una estrategia de adaptación

Uno de los aspectos más valiosos del Eneagrama es que nos invita a abandonar una visión moralizante de la personalidad. Con frecuencia las personas observan sus propios patrones de comportamiento y los juzgan como defectos, debilidades o limitaciones. Sin embargo, cuando comprendemos el origen de estas estrategias, la mirada cambia profundamente.

La personalidad no surge como consecuencia de un error ni constituye una manifestación de algo defectuoso en el individuo. Por el contrario, representa una solución adaptativa creada por un niño que intentaba desenvolverse de la mejor manera posible dentro de las circunstancias que le tocó vivir. Cada rasgo de personalidad, incluso aquellos que generan sufrimiento en la vida adulta, tuvo en algún momento una función protectora y adaptativa.

Esta comprensión permite desarrollar una actitud más compasiva hacia uno mismo. Detrás de cada necesidad de control, de reconocimiento, de perfección, de seguridad o de aprobación suele existir una historia infantil que dio sentido a esa estrategia. La personalidad aparece entonces no como un problema que deba eliminarse, sino como una respuesta inteligente que merece ser comprendida.

Conclusión

La configuración de la personalidad durante los primeros años de vida constituye un proceso complejo en el que intervienen múltiples factores. Desde la perspectiva del Eneagrama, tres elementos desempeñan un papel especialmente significativo: la visión de vida transmitida por los progenitores, los acontecimientos familiares vividos durante la infancia y la interpretación que el niño realiza de dichas experiencias. La interacción entre estos factores va moldeando progresivamente la manera en que la persona aprende a relacionarse consigo misma, con los demás y con el mundo.

Comprender este proceso no tiene como finalidad buscar culpables ni simplificar la complejidad del desarrollo humano. Su verdadero valor reside en ofrecernos una mirada más amplia y compasiva sobre nuestra propia historia. Cuando entendemos que muchos de nuestros comportamientos actuales nacieron como intentos de adaptación durante la infancia, resulta más fácil dejar atrás el juicio

y comenzar un camino de autoconocimiento.

Quizá uno de los mayores regalos que ofrece el Eneagrama sea precisamente ese: la posibilidad de reconocer que la personalidad no constituye nuestra identidad más profunda, sino la estrategia que desarrollamos para sobrevivir emocionalmente. Y una vez que comprendemos cómo se construyó esa estrategia, podemos comenzar a relacionarnos con ella de manera más consciente, más libre y más auténtica.

